

Era otra noche más. Acababa de salir de la agencia pues ese día habíamos tenido muchísimo trabajo. En contra de lo acostumbrado, ese día había aparcado en la otra punta de los muelles, porque casi todos los comerciales de España habían venido a una reunión importantísima, y, como no, me había quedado sin sitio. A las 23 h consideramos más que suficiente el trabajo realizado y nos marchamos a casa, no sin antes haber cenado algo ligerito pagado por el Director General de la compañía, todo un detalle por su parte.

Fui hacia mi coche sin entretenerme con nadie, tenía ganas de llegar a casa y darme una buena ducha, no disponía de muchas horas de sueño ya que al día siguiente tenía que cumplir mi horario de siempre. Me subí al coche y arranqué sin problemas. La noche estaba fría, habían bajado las temperaturas bruscamente, pero yo era precavida y tenía en mi coche un forro polar que me habían dado como parte del uniforme meses atrás.

Tomé la carretera que me llevaría de regreso a casa. No había nadie, pero no importaba, un poquito de conducción rápida no me vendría mal para soltar el estrés acumulado durante todo el día. Puse a todo volumen el CD que me había grabado Nikita, metí sexta y pisé a fondo el acelerador. Sentía cómo las luces pasaban muy deprisa, me daba igual, la música me envolvía por completo y ya casi no oía el ruido del motor, solo las notas que salían por los altavoces del vehículo. No me había percatado que ya estaba muy próxima a mi salida, así que me tocó reducir bruscamente la velocidad y tomar la curva algo más rápido de lo normal. No había normalmente ningún obstáculo en la calzada, así que el peligro estaba eliminado... qué tremendo error, ya que al final de aquella curva estuve a punto de atropellar a alguien que estaba en el arcén, parado. Pude esquivarle a tiempo gracias a los frenos del vehículo, ¡lo mío me había valido! Frené unos cuantos metros después, puse las luces de emergencia y bajé corriendo del coche

con el miedo en el cuerpo, pensé que había atropellado al peatón. Me puse el chaleco reflectante y me acerqué a él.

“¿Estás bien?” – le dije algo asustada. Levantó la cabeza y me miró. Jamás había visto una mirada así. Sus ojos eran como dos trozos de cielo transformados en mirada, su tez era suave y blanquecina, como si estuviera bañada por la luz de la luna. Tomó mi mano temblorosa entre las suyas y me dijo: “No te preocupes, estoy bien aunque un poco asustado. ¿Dónde ibas con tanta prisa? ¿Acaso te perseguía el diablo?” y ninguno de los dos pudimos evitar aguantarnos la risa. “¿Ibas a algún sitio? Lo menos que puedo hacer después de este susto es llevarte con mi coche”- dije.

“Si no es molestia, iba hacia un pueblo que está cerca de la sierra. Se llama Valdetorres” – me comentó.

“No me lo puedo creer, si yo vivo allí. No será ninguna molestia llevarte, además, así me harás compañía. Sube por favor, y si quieres deja tu mochila en el asiento de atrás”, y así lo hizo. Nos subimos ambos en el coche y retomé el camino. No es que nos quedaran muchos kilómetros para llegar al destino, pero la charla se nos hizo muy amena, parecía que fuera a ser eterna. Tan sólo nos separaban unos 3 kilómetros cuando dentro del coche comenzó a hacer mucho frío. Subí la calefacción hasta los 26°, pero a medida que subía la temperatura aumentaba el frío en el interior. Cerca de la entrada del pueblo le pregunté dónde le dejaba. Soltando una pequeña carcajada

De pronto el coche hizo un ruido muy extraño, comencé a perder el control sobre el mismo, como si hubiera tomado vida, y con una carcajada que parecía salida desde la misma boca del infierno, mi acompañante me dijo lo siguiente: “No hace falta que me dejes en ningún sitio. Venía buscándote precisamente a ti, y me lo has puesto muy fácil.

Me voy a presentar, mi nombre es La Muerte, y harás junto a mí un viajecito muy importante, tu último viaje”.

Yo me eché a reír, pensé que estaba de broma, pero justo en la mismísima entrada del pueblo el coche hizo un sonido muy extraño y de repente perdí el control sobre el volante, era como si tuviera vida propia. Giré la cara en dirección a mi acompañante y cual fue mi sorpresa al ver que había cambiado toda su forma, ya que en vez de llevar ropas llevaba una capa que le cubría todo el cuerpo, y ya no tenía piel, sino que por las mangas de la capa asomaban unas manos largas y huesudas, y su cara... era una calavera. Solté un grito de pánico que se vio ahogado por miles de risas nacidas desde las entrañas del infierno.

Ya era tarde para mí. Mi propio coche me conducía, junto con mi acompañante hacia la muerte.